



Primer amor - Edición 2012
Serie Sintonías, 2
Ediciones Jera, Colección Jera Romance
ISBN 978-84-939730-5-6
Publicación: 27 de Septiembre de 2012
252 páginas
15,24 x 22,86. Tapa blanda.
Disponible en papel y en Kindle
a través de Amazon.

Más información en:

www.jeraromance.com



Shannon O'Neil es lo que vulgarmente se llama una gordita simpática. Estudiante aplicada, editora del periódico del instituto y miembro activo de una importante ONG que trabaja con niños y adolescentes huérfanos, a sus 25 años es la asistente social más joven del Servicio de acogidas de Camden, Arkansas. Ha roto con su novio, trabaja mil horas por día, la báscula confirma que Papá Noel le ha regalado dos kilos por Navidad, y acaba de “heredar”, por jubilación de la oficial responsable, otro expediente de acogimiento.

En circunstancias normales, no le habría dado tanto importancia. Pero cuando reconoce el nombre en el impreso de solicitud, no se lo piensa dos veces e intenta por todos los medios librarse de aquel expediente: haría lo que fuera para evitar volver a verse las caras con su primer amor adolescente.

Ese que cuando se dignó a quedar con ella, lo hizo solamente para ligar con su hermana...

Mark Brady, en cambio, es el típico “hombre 10”. Práctico, de ideas claras y seguro de sí mismo, con 30 años dirige el rancho agrícola-ganadero más importante de la región. Soltero sin compromiso, se considera demasiado hombre para la oferta femenina actual por lo que sus esporádicas acompañantes suelen rondar los cuarenta. Es el mayor de tres hermanos, el más tradicional, el más familiar. Ahora, además, flamante padre de acogida...

Y recolector de calabazas: las que, incomprensiblemente, le está dando la preciosidad pelirroja que se presentó a la primera visita de control, como la nueva asistente social a cargo de los hermanitos White.



PRÓLOGO

Camden, Arkansas

Viernes 14 de enero de 2005

Centro del Servicio de Acogidas.

Despacho de su directora, Marian Ross.

La idea de hablar con Marian Ross no la seducía en lo más mínimo, pero era su última posibilidad de librarse del expediente de los hermanitos White. Tenía diez minutos para convencer a la mujer más ocupada del planeta de que no tenía que encargarse de aquel expediente, así que tendría que usar todo su don de gentes.

Cuando Shannon entró en su despacho, ella estaba al teléfono. Le hizo señas de que entrara y se sentara. En los tres años que llevaba trabajando para el servicio de acogidas no la había visto más de una docena de veces. Y todas ellas le había dado la impresión de ser una persona de muy pocas palabras.

—¿Qué puedo hacer por usted O'Neil? —preguntó la directora cuando acabó la conversación telefónica.

Era la hora. Shannon respiró hondo y empezó su discurso, que Marian Ross escuchó atentamente con expresión neutra.

—¿Por qué cree que sería de más utilidad con expedientes de niños mayores?

Shannon vio que la mujer esperaba una respuesta como si acabara de hacer la pregunta más lógica del mundo. Como si no supiera que los expedientes del servicio, correspondientes a adolescentes problemáticos, se desviaban a ella; todos sabían que se le daban bien.

—Bueno, es lo que he hecho desde que empecé. Los hermanos White parecen un caso normal, su perfil psicológico no augura mayores inconvenientes y además están en casa de John y Eileen Brady, ¿hay algún sitio mejor en el mundo?

Marian Ross asintió repetidas veces con la cabeza, considerando el tema. Al final, volvió sus ojos hacia ella.

—Es cierto —Shannon respiró aliviada—. Pero hay dos cuestiones que nos preocupan.

—¿Cuáles? —preguntó, aunque en realidad no quería oírlas. No quería oír que tendría que quedarse con

el bendito expediente.

—En primer lugar, está lo del padre de los niños —Shannon prestó atención. ¿Qué sucedía con él?—. Le quedan seis años de condena y es poco probable que le den la condicional por su mal comportamiento. La abuela es muy mayor. Los médicos no creen que se recupere, y en el caso de que lo hiciera, no estaría en condiciones de cuidar de dos niños. Pronto, los dos serán adolescentes y no queremos que sean del grupo de los problemáticos. Tenemos que asegurarnos de que encajan con los Brady, y de que encajan bien, porque su otra realidad es que son negros, varones y hermanos.

Shannon asintió. En otras palabras; o los Brady, o dando tumbos de un hogar de huérfanos a otro.

—Y en segundo lugar están en el rancho Brady sí, pero no a cargo de Eileen y John Brady —continuó la directora. Shannon frunció el ceño e intentó traer el formulario de solicitud a su mente. No recordaba detalles. Y no los recordaba porque, desde el primer momento que supo que era un expediente de los Brady, lo único en lo que había pensado era en la manera de quitárselo de encima—, está claro que si John y Eileen han dado el visto bueno a que vuelva a haber niños de acogida en su casa, es porque saben que los niños estarán bien. Aún así, Mark Brady para nosotros, de momento, no es más que su hijo mayor.

Genial. Así que además tendría que vérselas con él.

Shannon volvió a asentir.

—Le pedí a la señora Rutherford que me dijera a quién encargaría cada uno de sus casos. Y para este dijo “Shannon O’Neil”. Así que, a menos que tenga alguna razón de peso... —Marian Ross la miró a los ojos—. ¿La tiene?

Tenía una razón, pero no sería una de peso para el Servicio de acogidas. Y además, ya la había hecho buena presentándose delante de la mismísima directora sin saberse la lección. Si hubiera tratado aquel expediente como trataba a los otros, habría llegado ella *solita* a la misma conclusión que acababa de escuchar de labios de Marian Ross. Pero desde el instante que había visto el apellido Brady en el expediente, todo el tiempo que le había dedicado había sido para intentar pasárselo a otro oficial, intercambiarlo, incluso cambiarlo por otros dos.

No pensaba decirle a la mujer de la que dependían sus ascensos, que su única razón era evitar tener que volver a verse cara a cara con su primer amor adolescente. Ese que cuando se dignó a quedar con ella, lo hizo solamente para ligar con su hermana, el muy cabrón.

El mismo al que ahora no solo tendría que ver cada quince días, sino con quien tendría que compartir responsabilidad sobre el bienestar de dos niños de acogida.

Mark Brady.

Hacía más de diez años que no lo veía, pero estaba segura de que seguiría igual...

Igual de seductor.

Igual de seguro de sí mismo.

Igual de vanidoso.

Y, Dios, igual de espectacular.

CAPITULO 1

Podía haber avisado a los Brady que aquel día se pasaría por el rancho, pero no lo hizo. Cuando Shannon llegó, eran las once de la mañana y todos estaban atendiendo sus ocupaciones. Como los niños estaban con Mark, en la zona de adiestramiento de caballos, su madre, Eileen, se ofreció a acompañarla.

Shannon se cerró la chaqueta corta de corderito y subió el cuello. Los tejanos se le habían quedado helados en un segundo, tan pronto salieron de la acogedora casa, y a pesar de que calzaba botas, tenía los pies doloridos de frío. Todo había que decirlo; también era consciente de que el clima invernal no era la única razón del descenso drástico de su temperatura corporal.

Estar en aquel lugar tenía otras connotaciones para Shannon, además de la cuestión Mark Brady. En realidad, lo de Mark era anecdótico comparado con la impresión de conocer a las únicas dos personas de las que no había escuchado más que alabanzas. “Son ángeles”. ¿Cuántas veces había oído aquella frase desde que trabajaba en el servicio de acogidas? Por aquel rancho, por las manos de aquellos ángeles, habían pasado la friolera de ciento veinticinco niños a los que habían tocado con su compasión. Eileen y John Brady eran una institución en Camden, y el rancho, un paraíso del que los chicos acogidos no querían marcharse.

—Cuando la señora Rutherford se jubiló y me dijo que de Matt y Timmy se encargaría una oficial con mucha mano con los niños, no me imaginé a alguien tan joven... ¿Cuántos años tienes? —Eileen sonrió—. ¿Puedo tutearte, no? Me resultaría raro llamar de usted a alguien que es más joven que mis propios hijos...

Shannon miró a la fornida mujer que caminaba a su lado con su anorak negro sin cerrar, desafiando al frío. Llevaba el cabello en una melena muy corta, plagada de mechones de un rubio tan claro que parecía blanco, algo que normalmente envejecía el aspecto, pero su piel era lozana y aquellos impactantes ojos destilaban vitalidad, y también mucha bondad. Sabía que tenía cincuenta y nueve porque lo había visto en algún expediente de acogimiento, pero jamás se los habría dado.

—Claro. Veinticinco. Bueno, casi veintiséis, los hago el mes que viene.

—¿En serio? ¿Tantos? Pareces mucho más joven, no te daba más de veintiuno o veintidós...

Eso no era nuevo. Todavía, de vez en cuando, le tocaba demostrar que contaba con edad suficiente para beber cuando se le ocurría pedir una cerveza en según qué bar. Era herencia familiar; los O'Neil no aparentaban los años. Y eran todos rubios, delgados y guapos. Pero en eso, no había salido a ellos sino a su

abuela materna. Con sus rizos pelirrojos, sus ojos marrones de pestañas largas y bien curvadas, su sonrisa de niña y su metro setenta *rellenito*, era lo que vulgarmente se llamaba una *gordita* simpática.

—Ya, a veces es un incordio... Como me haya dejado los documentos en casa... —bromeó Shannon—. Fue un notición que los Brady volvieran a tener niños. En el servicio de acogidas casi hacemos una fiesta... ¿Cómo se decidieron a volver al ajeteo de críos en edad escolar?

—No jugamos este partido de titulares aunque no nos importaría, la verdad —replicó Eileen—. No cambiaría ni uno solo de esos días con la casa llena de risas por nada en este mundo, pero mis hijos se pusieron serios con el tema. Querían vernos descansar y disfrutar de la vida, y ya sabes, es difícil decirles que no.

No tenía ni idea de que lo hubieran dejado por sus hijos. Shannon decidió indagar un poco más.

—¿Y ahora son ellos los que siguen la tradición familiar?

Empezaban a oírse voces y risas lejanas. Shannon intentó localizar el origen, pero aún no estaba a la vista.

—Es Mark —dijo Eileen—. A Jason lo único que le hace falta es ocuparse de un niño. Juega fútbol, así que vive viajando y cuando no viaja, entrena. Y Mandy otro tanto. Es cantante, ¿sabes?

Shannon sonrió divertida mientras asentía. Claro que la conocía. ¿Quién no conocía a Amanda Brady?

—Se confabularon con Gillian para convencer a John de volver a llenar el rancho de niños, y aquí estamos...

—¿Y qué tal lo llevan?

—Estupendamente —Eileen le palmeó el brazo, cariñosamente—. La señora Ross no tiene por qué preocuparse. Y tú tampoco. A los dos les encantan los niños y están acostumbrados... Además, Mark es un imán de niños, se le pegan como chicle... Es que es como un niño grande, ya verás cuando lo conozcas.

Acababan de dar vuelta el recodo del camino y ahora las voces tenían dueño. Venían de unos cien metros más adelante, donde una veintena de personas sentadas en las tranqueras que cerraban el predio, presenciaban cómo un hombre se sacudía arriba y abajo sobre el lomo de un caballo que no dejaba de corcovear.

Shannon no hizo ningún comentario. La imagen del Mark que había visto por última vez hacía años, no casaba con la de un imán de niños. En todo caso, de *niñas*, de dieciocho para arriba y con curvas neumáticas. Aunque sí casaba con lo de niño grande, porque había que ser muy crío y muy inmaduro para haber quedado con ella y luego, ligar con su hermana.

Muy crío. Muy inmaduro. Y muy capullo.



El hombre ya no se sacudía sobre el caballo; acababa de rodar por el suelo entre sus patas ante el griterío y las bromas de todos los presentes. Pero no era Mark. A Shannon no le fue difícil confirmarlo aún a más de veinte metros de distancia.

Mark era el de la parka color champán que, recostado contra la tranquera, con un niño sobre los hombros y otro de pie a su lado, las miraba acercarse con evidente interés.

—Este es mi hijo —dijo Eileen con tono de madre orgullosa.

La mirada de Shannon volvió a encontrarse con la de Mark después de más de diez años. Durante un segundo, se preguntó si la recordaría. Una parte de ella quiso que fuera así, que aquel rato de risas que habían compartido hasta que apareció Cheryl y resultó obvio a quién prefería de las dos hermanas O'Neil, no hubiera sido tan insignificante como para que ni siquiera lo recordara.

—Mark Brady —dijo él, sonriendo—, ¿y tú?

Por lo visto, *había* sido insignificante.

Ella estrechó la mano que él le tendía.

—Shannon O'Neil —respondió, y le faltó tiempo para apartar su mirada de aquellos ojos celeste claro que recordaba perfectamente, y centrarse en los niños—. ¿A quién de los dos le tengo que dar el pésame por la humillante derrota del domingo contra los San Antonio Spurs?

—A mi —contestó el pasajero que Mark llevaba en los hombros.

Así que aquel era Timmy, el más pequeño. Las fotos de los expedientes eran *malísimas*.

—Vaya paliza —dijo ella riendo y extendió la mano para estrechar la del niño—. La señora Rutherford se ha jubilado y yo la sustituyo, así que nos veremos a menudo... Seguro que la próxima vez, te doy la enhorabuena.

—¿Eres de Acogidas? —preguntó Matt, el mayor, con expresión incrédula—. Venga ya, seguro que todavía estás en el *cole*...

—Gracias, eres todo un caballero. No soy tan joven, pero gracias...

Al ver que Matt se sonrojaba, su hermano soltó una carcajada y al final todos reían.

Mark, además de reír, la estudiaba. Había algo en ella que le resultaba familiar. ¿La había visto antes? ¿Dónde?

No, era imposible.

Porque si hubiera visto a aquella pelirroja antes, la recordaría perfectamente.



La impresión de haber conocido a los Brady continuaba presente en la mente de Shannon una semana después. Había algo en aquella gente, en aquel lugar, que dejaba huella. No alcanzaba a precisar qué era; si sus modos físicos de expresar el cariño, la facilidad con que sonreían, o el ambiente distendido que se respiraba en aquel rancho y al que el paisaje espectacular de naturaleza salvaje que lo rodeaba, no hacía más que darle un aire bucólico, casi idílico. Si Eileen la había impresionado, con aquellos inmensos ojos que rezumaban bondad y aquel porte sólido, de *madraza* consumada, a John lo había encontrado magnético; no podía dejar de mirarlo. Inspiraba respeto, confianza, y a la vez, muchísima ternura. Y también, todo había que decirlo, le había parecido el *sesentón* más atractivo que viera jamás. Era de elevada estatura y complexión fuerte, más corpulento que Mark. Tenía la piel curtida por el duro trabajo del campo y las marcas de expresión parecían hechas con cincel, lo que sumado a aquellas escasas canas desperdigadas aquí y allí en su abundante cabellera rubia, le daban un punto rudo, incluso tosco, que contrastaba con la dulzura de su mirada.

Matt y Timmy, como había imaginado, estaban encantados de estar allí. Echaban de menos a su abuela,

eso sí, pero Mark los llevaba a visitarla al hospital cada semana, y eso los animaba. Shannon no había tenido ocasión de conocer a "tía Gillian" porque estaba en la facultad, pero teniendo en cuenta el número de veces que alguno de los hermanitos la había mencionado en la media hora que conversó a solas con ellos, no tenía ninguna duda de que sería algo así como la versión masculina de John Brady; alguien con la extraña cualidad de inspirar respeto y ternura al mismo tiempo.

Lo de volver a ver a Mark era otro tema. Cuando aquel segundo, en que una parte de ella deseó que él la recordara, terminó con la evidente realidad de que no era así, tomó conciencia de que no le importaba. Tal vez fuera cierto que ahora era un hombre maduro al que le gustaban los niños, pero seguía siendo el mismo vanidoso ligón que miraba con desdén cualquier cosa con forma de mujer. Aunque fuera la asistente social encargada de los niños que él había solicitado en acogimiento.

No, no le importaba Mark. Hacía años que no le importaba. Pero desde que supo que el expediente White sería suyo, también tuvo claro que los recuerdos volverían. Y así había sido. Desde hacía una semana no dejaba de pensar en lo viva que se sentía entonces, y en lo indiferente que se sentía ahora, con esa clase de vida en la que todo marcha aparentemente bien, pero sin emoción.

Shannon suspiró, echó un vistazo a los recados telefónicos que le habían dejado sobre el escritorio. Tres eran de David. Dios, ¿qué iba a hacer con él?

—Tengo a un macizo de ojos alucinantes en recepción —Shannon levantó la vista. Sandy, la recepcionista del centro la miraba con expresión pícaro—. Pregunta por ti.

—¿Macizos, aquí? Ya quisiéramos... ¿Podrías hacerme el favor de decirle a David que me han abducido los extraterrestres la próxima vez que llame?

—¿No sería más fácil decirle que no quieres verlo?

No era la voz de Sandy. La que habló a continuación sí.

—Le dije que esperara en recepción, que yo le avisaría.

—Lo lamento, princesa. Es que igual te pedía que a mí también me soltaras el rollo de los extraterrestres...

Shannon miró el panorama con expresión divertida. El "macizo" lucía una sonrisa Profidén y la recepcionista babeaba.

Alucinante, pensó, las encanta como a serpientes.

—Está bien, Sandy. Ya me ocupo yo del señor Brady.

Tan pronto quedaron a solas, Shannon miró a Mark, esperando que dijera algo pero él se tomó su tiempo. La miraba y sonreía. Lo que fuera que pasara por su mente, no era evidente en su expresión, aunque teniendo en cuenta que era un ligón, no hacía falta esforzarse mucho para saber qué estaría pensando.

—¿Quién es David? —preguntó él al fin, sin apartarse del marco de la puerta.

Shannon sonrió con desdén y se puso de pie.

—Si esperas que crea que has venido hasta aquí para verme, lo llevas claro. Dime qué sucede.

Mark dejó que su mirada bajara de aquellos ojos marrones, ahora que Shannon estaba de pie junto al escritorio poniéndose el abrigo. Todo en ella eran curvas que no podían verse a través de sus ropas holgadas, pero podían adivinarse. Al menos, él podía. Curvas de verdad, de las que a él le habían gustado siempre. En

aquella pelirroja de mirada dulce había volumen, no silicona. Había mujer.

Una mujer que se marchaba.

—¿Vas a alguna parte?

—Claro, soy asistente social —respondió ella, ajena a la mirada de Mark, mientras sacaba una carpeta del archivador de su escritorio y la metía en la mochila.

Mark sonrió para sus adentros y volvió a intentarlo.

—¿No vas a decirme quién es David?

La vio abrir la puerta del despacho después de echarle una mirada irónica, y empezar a alejarse por el corredor en dirección a la calle. Dos segundos después, él la había alcanzado.

—Voy a averiguarlo de todas formas... ¿Por qué no abreviamos?

Shannon se volvió a mirarlo con el ceño fruncido.

—¿Qué tal si te dejas de jugar y me dices qué sucede de una vez? —Estaban en la calle y el viento le arremolinaba los rizos pelirrojos que llevaba en una melena escalada, larga hasta el nivel de los hombros, partida al medio y sin flequillo. Y ella, una y otra vez, volvía a apartarlos de su rostro, y a intentar ponerlos detrás de la oreja—. Puede que no hayas caído, pero mi trabajo es evaluarte. Y no creo que un “diagnóstico” de inmadurez beneficie tu perfil de padre de acogida.

—A mi perfil no le pasa nada —respondió Mark, y su sonrisa se hizo mucho más grande cuando vio que Shannon meneaba la cabeza y sonreía incrédula—. Ni al de padre de acogida ni al físico. Tengo muy pocos defectos, pero la inmadurez no es uno de ellos. No era inmaduro ni a los dieciocho. Y no estoy jugando.

Mark hizo una pausa para ver su reacción y disfrutarla. Ella reía y con todo su lenguaje corporal le decía “deja de marcarte faroles, ¿quieres?”

—Voy a averiguar quién es David —dijo él sonriente pero en tono definitivo. Pensara lo que pensara aquella pelirroja preciosa, él no se estaba marcando ningún farol.

La vio asentir repetidas veces con la cabeza sin dejar de sonreír y cuando habló, su tono burlón volvió a confirmarle que se dejara de tonterías y le dijera la verdadera razón de su visita. “¿Algo más?” escuchó que le decía mientras abría la puerta de su coche y se sentaba al volante.

Mark se puso de cuclillas junto al vehículo y apoyó los brazos sobre el borde de la ventanilla.

—El médico de la señora White me dijo que es muy posible que no salga de esta. Me dijo que estaría bien que Matt y Timmy lo supieran... ¿Tú qué opinas?

Shannon puso la llave en el contacto. Por eso había ido a su oficina, no por verla.

—Que tiene razón.

—A Matt lo va a hacer polvo. Si vieras lo ilusionado que está con que su abuela salga del hospital... ¿Y si se recupera? Esto no es álgebra...

—¿Quieres que se lo diga yo? —ofreció Shannon con suavidad.

—Lo que quiero es que la abuela se ponga bien y esos críos no tengan que perder lo poco que les queda. A su edad, lo más que yo había perdido era mi tortuga Lizzy...

Shannon sonrió con ternura.

—Una pérdida terrible —dijo, con un punto burlón.

Mark meneó la cabeza.

—Vale, pelirroja, está claro que no vas a decirme quién es ese tío por el que dejarías que te abdujeran los extraterrestres con tal de no volver a ver, así que me voy —se puso de pie pero continuó inclinado, mirándola a través de la ventanilla—. El sábado festejamos el *cumple* de Timmy, pásate sobre las cinco... Gillian se muere de ganas de conocerte y seguro que los críos se alegran, les pareciste *muy cool*.

La vio asentir con una sonrisa, pero sabía muy bien que era un “sí” a la invitación, exclusivamente.

“Ya caerás”, pensó Mark. Le guiñó un ojo y se alejó, con las manos en los bolsillos de su cazadora.

Shannon lo observó mientras él se ponía el casco y los guantes. No había cambiado gran cosa en diez años; entonces era un chico guapísimo y ligón. Ahora, era un hombre guapísimo y ligón. Y estaba en lo cierto acerca de que la inmadurez no era uno de sus defectos. Lo suyo no era inmadurez, era vanidad mezclada con confianza total. Flirtear con ella no era un fin en sí mismo, era el medio; así alimentaba su ego mastodóntico. Shannon puso el coche en marcha. Pues si pensaba alimentarlo a su costa, lo llevaba claro. Se incorporó al tráfico y cuando pasó a su lado, lo saludó con un gesto de la mano.

Detrás del visor del casco, los ojos de Mark la siguieron hasta que desapareció.



Mark soltó la mano de Matt para atender la llamada. Miró la pequeña pantalla y sonrió.

—Esto sí que es raro —dijo, anticipándose a su hermano—. ¿Qué pasa?, ¿el de Gillian está apagado?

Del otro lado de la onda le llegó una carcajada.

—*Se lo olvidó en casa, me atendió mamá.*

—Es tío Jason —dijo a los niños y volvió a la conversación— ¿Qué te cuentas?

—*Poca cosa. Estoy a punto de empezar a entrenar. Diles que mañana sobre las once estoy por ahí, que se pongan las pilas porque va a ser un fin de semana largo... Y díselo a Gill.*

—Así que vienes al *cumple*, ¡qué bien!

—*¿Cómo iba a perdermelo? Además, me han dicho que irá una pelirroja muy cool a la que no le quitas los ojos de encima. Y si tú la miras, tío, yo también quiero.*

Mark sonrió desafiante.

—Mientras solamente mires no hay problema.

—*¿Seguro?* —dijo Jason, picándolo—. *Ni bien me vea va a dejar de mirarte.*

—Seguro —respondió Mark definitivo e hizo una pausa. Miró a los niños de reojo. Ellos jugaban con una rana unos metros más allá—. *Esta es mía, ¿vale?*

Jason silbó.

—*¿En serio?*

—*Sip.*

—*Joder, me muero por conocerla, tío* —dijo Jason, divertido.

Mark todavía sonreía cuando volvió a guardar el móvil. Él también se moría por verla. Un día más y sería sábado, el día de la fiesta de cumpleaños de Timmy a la que Shannon había aceptado asistir.

Y el día en que volverían a visitar a la abuela en el hospital.

Mark los miró apenado. Tenía que decirles lo de su abuela, no podía estirarlo más.

—Esa pobre rana se va a manifestar por sus derechos frente a la casa como sigáis fastidiándola así... — tomó a los dos niños de un brazo, apartándolos del animal.

—¿Va a venir tío Jason? —preguntó Matt con *ojitos* ilusionados.

Cuando los niños vieron a Mark asentir con la cabeza, festejaron a gritos la buena nueva.

—Venid, quiero hablar con vosotros... —dijo, indicándoles que se sentaran a su lado, sobre unos tocones que había cerca del camino.

—¿De hombre a hombre? —preguntó Matt pícaro. Mark sonrió y volvió a asentir.

—Dispara —dijo Timmy, imitándolo.

Mark reunió fuerzas y comenzó a hablar con tono aparentemente sereno.

—La abuela es muy mayor... El médico dijo que está demasiado enferma y no va a ponerse bien.

Entonces, vio como la carita de Matt se desencajaba y sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¿Se va a morir? —murmuró Timmy.

Mark los miró con cariño y no respondió. En cambio, los rodeó con sus brazos.

—¿Por qué? —escuchó que Matt susurraba con la voz quebrada mientras sus pequeños dedos crispados le apretaban la cintura.

¿Qué podía decirles? No eran más que dos niños y lo habían perdido todo.

—Porque es parte de la vida. Es así con las plantas, con los animales y con las personas. No es culpa de nadie, Matt. Es la vida, nada más.

—Pues, vaya mierda... —dijo el niño con rabia.

Mark lo apretó más contra su cuerpo. Lo sintió temblar y resistirse, y al final, abrazarse a él, llorando desconsolado.



Como cada sábado, Shannon comía con su abuela. Siempre habían estado muy unidas, pero desde la muerte de su madre, hacía diez años, ella, de alguna forma, había ocupado su lugar.

A los cafés, tocó “conversación de chicas” como Catherine Murphy llamaba a charlar de cosas personales con su nieta. Esto también era igual todos los sábados.

—¿Has hablado con Dave? —preguntó la mujer mientras servía dos tazas de la aromática bebida.

Shannon negó con la cabeza. Tenía doscientos recados suyos que no había respondido.

—No puedes seguir esquivándolo, Shan... Es un buen chico y te quiere, se merece tu sinceridad...

Shannon respiró hondo y miró de reojo a su abuela. No le apetecía hablar del tema, pero sabía que no iba a librarse.

—Ya fui sincera. Lo que David quiere es que haga las maletas y me vaya a Nueva York.

—¿No quieres estar con él? —preguntó Catherine.

—No... Bueno... sí, pero no. Lo echo de menos, en parte lamento que se haya ido, pero...

—¿Pero qué, cariño? Sabes que te adoro pero a veces... Shan, a veces, vuelas tan alto... Te quiere y tú lo quieres a él, ¿qué más necesitas?

Necesitaba tantas cosas... Cosas que llevaba tanto tiempo sin sentir que, por momentos, tenía la sensación

de que no había sentido jamás. No en su piel, solo en sus sueños.

Pero sí lo había sentido. Recordaba aquella locura de sensaciones recorriéndole el cuerpo solo con pensar que volvería a verlo cruzando el aparcamiento del instituto, camino de su clase del último curso. Saltaba de la cama cuando sonaba el despertador, llena de energía solo por esos cuarenta segundos que él tardaba en recorrer la distancia desde el aparcamiento hasta las escaleras de la entrada. Los días pasaban como en una nube, sin conciencia del tiempo.

Recordaba cómo se le aceleraba el corazón cada vez que pasaba junto a él, aquel deseo loco de que sus miradas se cruzaran, de que él la mirara aunque fuera una vez. Era una sensación mágica, como si millones de burbujas diminutas explotaran en su interior y la llenaran de una energía imparable. Podía sentir la vida latiendo en cada poro de su piel. Nunca se había sentido más viva que entonces.

Y nunca había vuelto a sentirse así.

—Ilusión, emoción, pasión por vivir... —se encontró diciendo en voz alta—. Lo sentí una vez, abuela, por eso sé que no puedo seguir con David... Con él todo es seguro, previsible... En veinte años seguirá siendo igual que ahora. Y yo no puedo imaginarme vivir otros veinte años de esta manera... No es por él, él es... — Shannon esbozó una sonrisa apesadumbrada— un cielo de persona. Es por mí. Necesito recuperar a esa otra Shannon. Digo yo que en algún lugar se habrá metido, ¿no?

—Cariño... —dijo Catherine mirándola con ternura—. Ya no tienes trece años, no puedes sentir como si los tuvieras...

—¿Y entonces por qué puedo sentirme como si tuviera cien, si no los tengo? Porque a veces, muchas veces, me siento así.

Shannon bebió un sorbo de café. Era mejor dejarlo estar, no quería preocupar a su abuela. Pero se disponía a hacer algún comentario gracioso para desviar el tema, cuando su abuela se le adelantó.

—¿Hay alguien, cariño?

Shannon se echó a reír. Rió de buena gana ante lo irónico de la situación.

Sí, había alguien. Y era precisamente el que la hacía sentir así de viva a los trece. Aunque no era alguien en el sentido que su abuela insinuaba, porque ahora Mark ni le ponía el corazón a la carrera ni la hacía saltar de la cama llena de energía.

Pero era alguien que estaba otra vez en su vida, recordándole todo lo que una vez había sido, lo que llevaba *años* necesitando ser...

Y ya no era.